

y favoritas : debe ser excluido el marqués de Marigny.

Pero durante aquel tiempo, es cierto que su hermana había hecho cosas menos honoríficas. La pobre mujer había comprendido que la misión de distraer á un hombre á quien nada podía divertir, y que Mad. de Maintenón miraba como imposible, bien merecía alguna indulgencia pontificia. En su consecuencia había inventado el Parque de los Ciervos.

Era la primera vez que una favorita había concedido la idea de formar un serrallo á su amante.

Pero la inteligente duquesa había conocido que su regio amante era un hombre sobre quien ejercía mucho imperio la costumbre, y que la variedad era una distracción que no ofrecía peligro.

El Parque de los Ciervos era una especie de harem como los de Bagdad ó Samarcanda, del que era desterrada cada esclava en cuanto había tenido el honor de compartir el lecho con su señor. Las que habían dejado en él su honra, recibían la recompensa, pues se las dotaba, y merced á esta circunstancia solían casarse ; las que quedaban en cinta y llegaban á ser madres, veían colocados á sus hijos en el clero ó en el ejército.

Poco importaba, pues, á Mad. de Pompadour, todas aquellas esclavas de un instante, siempre que ella fuese la sultana favorita, ó por lo menos, la que con su talento, su arte y sus cuentos debía divertir al sultán durante Mil una Noches.

CAPÍTULO XV

La Inglaterra y la Francia frente á frente. — Rompimiento. — Mr. de Jumonville. — Washington. — Mrs. de Villers y de Contrecoeur. — Ataque á los navios franceses por la escuadra inglesa. — Declaración de guerra. — Proyectos de la Inglaterra. — Mr. de Dieskau. — Mr. de Montcalm. — Toma de Menorca por Richelieu. — Su entrada triunfal en París. — Proyectos de Enrique IV para establecer una república cristiana. — Maria Teresa y Mad. de Pompadour. — El abate de Bernis. — Improvisación. — Reemplaza á Mr. de Rouillé. — Tratado entre la Inglaterra y la Prusia. — Alianza de la Francia con el Austria.

Hace cien años que la Inglaterra y la Francia, esas antiguas enemigas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, se aprestaban á proseguir en el Océano la lucha continental que sostenían hacia cinco siglos, y que hemos visto brotar en 1745 de resultas de la batalla de Fontenoy.

Echemos una ojeada sobre el mapa del mundo en 1750, y veamos cuál era su respectivo poderio.

Hace cien años que la Inglaterra no poseía más que cinco factorías, en la India : Bombay, Bejapour, Madrás, Calcuta y Chandernagor. En la América del Norte no tenía más que Terranova, y la banda del litoral, que como una faja se extiende desde la Acadia hasta las Floridas. Su única posesión en el banco de Bahama eran las islas Lucayas ó pequeñas Antillas.

En el golfo mejicano la Jamáica: y por último, la Inglaterra no tenía en el Océano equinoccial más apostadero que Santa Elena, de homicida memoria.

La Francia, por el contrario, tenía la doble supremacía continental y colonial.

Poseía toda la línea de fortalezas construidas por Vaubán, que son las llaves de los Países Bajos, y que se extienden desde Philipsbourg hasta Dunkerque. Sus ejércitos ocupaban la Corcega, y por el tratado de 1748 acababa de adquirir una influencia protectora sobre Génova, Módena, Parma, Plasencia y Guastalla.

Como potencia colonial poseía casi todas las Antillas: sus colonias de la Acadia, del Canadá y de la Luisiana adquirían más extensión de día en día. Tenía á Quebec, Montreal, Mobila y la Nueva Orleáns: en las orillas de los lagos del Canadá, se elevaban como á porfia los fuertes de Fontenay, San Carlos, Pedro y Maurepas. El fuerte de la Reina dominaba el río de los Aneniboenses: á orillas de los lagos Onipeg, tenía los fuertes del Delfin y Borbón. En África la pertenecían el Senegal y Gorea, colonizaba á Madagascar, y tenía puertos de escala en la India, en donde dominaba la isla de Francia, Borbón, Santa Maria y Rodrigo.

Cuando lleguemos al año de 1748 presentaremos un cuadro comparativo de lo que la Francia ha ganado y perdido desde entonces. Volvamos ahora á las causas del nuevo rompimiento con la Inglaterra.

Esta potencia, por el tratado de Utrecht había recibido una parte de la Acadia. Los límites del territorio que se le había cedido y los del que había conservado la Francia no estaban bien deslindados, y dejaban en litigio cierto espacio de terreno indeterminado.

En aquel terreno, cuya propiedad era algo más que cuestionable, habían construido los ingleses el fuerte de la Necesidad, y colocado en él una fuerte guarnición, cuyo mando habían confiado al mayor Washington. Mr. de Contrecoeur, comandante de las tropas francesas del Ohio, ordenó entonces á Mr. Jumonville, uno de sus oficiales, que fuese al fuerte de la Necesidad, con una carta, en que el comandante francés rogaba al mayor Washington, que no turbase con una posesión ilegal la paz que reinaba entre las dos potencias, y que se retirase á la parte de territorio inglés que no era susceptible de discusión. Mr. de Jumonville tomó treinta hombres y se puso en marcha, mas á corta distancia del fuerte oyó descargas de fusilería, y notó que se hallaba completamente envuelto. Entonces se adelantó solo hacia los que le atacaban, dió orden á su escolta para que hiciese alto, hizo una señal con la mano, y reconocido como parlamentario, comenzó la lectura de su carta: mas á las primeras palabras, volvieron á romper el fuego contra él, le derribaron muerto con ocho de sus soldados, é hicieron á los demás prisioneros: solo pudo salvarse un canadiense que fué á llevar al comandante la noticia de aquella violación del derecho de gentes.

Mientras el canadiense corría en busca del comandante Contrecoeur, el mayor Washington daba las mismas órdenes que si estuviese ya declarada la guerra, y poniéndose al frente de cuatrocientos hombres, marchaba contra los puestos avanzados franceses; pero apenas había andado algunas leguas, le avisaron los salvajes, que una fuerza bastante numerosa se dirigía á su encuentro, con objeto de vengar el asesinato de Jumonville.

En efecto, Mr. de Villiers, hermano de la víctima,

recibió del comandante el encargo de castigar á los asesinos de su hermano, y hacer que se le entregasen los prisioneros. El mayor Washington se retiró al fuerte y aguardó en él á los franceses.

Mr. de Villiers le puso sitio, mas á pesar de la obstinada resistencia, estrechado vigorosamente Washington se vió obligado á rendirse. La capitulación fué más favorable á los ingleses de lo que éstos podían esperar, pues en ella se estipuló que la guarnición se retiraría á su territorio con armas y bagajes, sin ser molestada.

Pero se calificaba de asesinato la muerte de Jumonville: el mayor Washington se obligaba por su parte á entregar los prisioneros franceses que habían sido trasladados á Boston. Mas ¡cosa extraña! aquellos veintidós hombres habían quedado reducidos á siete, y no pudo saberse cual había sido la suerte de los otros quince.

El mayor Washington era el mismo á quien la Francia siempre generosa debía ofrecer más tarde su apoyo en la guerra de la independencia. El asesinato se cometió el 24 de mayo de 1754, y la toma del fuerte fué el 3 de julio del mismo año.

La Francia dirigió sus reclamaciones al gabinete de Londres, pero como siempre, aquel gabinete dió una contestación evasiva: luego de repente, sin ninguna declaración de guerra, acelerando el desenlace de una situación dudosa, y haciendo en el mar lo que Federico iba á hacer en el continente, se supo en París que las escuadras británicas habían apresado buques mercantes y aun de guerra sin ninguna advertencia.

Las hostilidades comenzaron en el banco de Terranova, es decir, en las mismas regiones en donde aca-

habían de pasar los acontecimientos que hemos referido.

El 3 de junio de 1753, un año después de la catástrofe de Jumonville, el almirante Boscawen, á la cabeza de una escuadra inglesa de trece navios de guerra, encontró á los navios franceses el *Alcides*, y el *Lirio*, se aproximó á ellos con apariencias amistosas, y de repente los cercó y atacó. Mr. Mocquart mandaba el *Alcides*, y Mr. de Lorgeril el *Lirio*; ambos buques formaban parte de la escuadra de Mr. Dubois de la Motte.

El pretexto del ataque fué la pretensión del almirante Boscawen, de que los franceses saludasen al pabellón de Inglaterra, á lo cual no quisieron prestarse los dos capitanes.

Después de una defensa heroica, fueron apresados los dos navios. Algunos días más tarde fué también sorprendido el navio la *Esperanza*, que navegaba con pabellón blanco: Mr. Douville que le mandaba, se batió como un león, y conducido á Londres declaró que no se conceptuaba como prisionero de una nación civilizada, sino como esclavo de piratas.

Aquellos tres sucesos podían ser un accidente como al que los ingleses habían llamado la *sorpresa* de Jumonville, pero que la capitulación del fuerte de la Necesidad reconocía ser un asesinato.

Sin embargo, todavía se esperaba conseguir justicia por medio de las negociaciones, y la reparación de aquella doble violación del derecho de gentes, cuando se supo en Versalles, que durante el mes que acababa de transcurrir habían sido apresados sesenta y cuatro buques que volvían de las islas; cinco negros cargados con dos mil negros; veinte y seis buques que llevaban mercaderías y provisiones á las islas;

otro que iba á la Crimea, dos navios de la compañía de las Indias, uno que iba al Senegal y otro que volvía; sesenta y seis barcos de Terranova; dos que volvían de la pesca de la ballena; veintidós buques que llevaban provisiones al Canadá ó volvían de llevarlas, y veintisiete embarcaciones que hacían el comercio de cabotaje en las costas de Francia y de las colonias, cuyos buques componían el número total de trescientos.

Por consecuencia de aquella especie de redada marítima había prisioneros en Inglaterra más de diez mil franceses.

Era entonces ministro de Negocios extranjeros en Londres, Enrique Fox, que más tarde fué creado lord Holland, enemigo personal de la Francia, que debía legarla en su hijo Carlos Fox, un enemigo todavía más encarnizado y terrible.

Forzado en sus últimos atrincheramientos por el gabinete de Versalles, que preguntaba cómo habían podido ejecutarse en plena paz actos semejantes á los que acabamos de citar, respondió Enrique Fox:

— Que el estado de guerra de las naciones no siempre resultaba de los combates reales, sino de ciertas medidas que anunciaban las hostilidades: que eran públicos los armamentos de la Francia: que aprestaba grandes escuadras y transportaba incesantemente tropas al Canadá, y que en semejantes circunstancias el gobierno británico no debía consultar más que sus intereses, y obrar vigorosamente por conservar la dignidad de su nación.

Á tan atrevida respuesta acompañaba una nota todavía más insolente, en la que Fox pedía se desarmase inmediatamente la escuadra francesa, y se derribasen las obras de fortificación de Dunkerque, hecho

lo cual daría explicaciones acerca de los asuntos del Canadá, y en general sobre los de la América del Norte.

Mr. de Rouillé respondió en nombre del rey:

— Que lo que acababa de suceder no era más que un sistema de piratería en grande, indigno de un pueblo civilizado: que la Inglaterra no sólo se había apoderado de los buques del rey de Francia, sino también de otros mercantes, por valor de más de cincuenta millones, y que el gabinete de Versalles pedía la inmediata reparación de aquellos actos hostiles.

Negóse á ello el gobierno inglés, y el embajador francés Mr. de Mirepoix pidió sus pasaportes, y quedó declarada la guerra. Las disposiciones de la Inglaterra no tardaron en manifestarse con toda claridad. Un mes después del combate naval en que el *Alcides* y el *Lirio* tuvieron que sucumbir á la superioridad del número, tuvo lugar un encuentro en el Ohio, cerca del fuerte Duquesne, entre los franceses é ingleses mandados por el general Braddock. En aquella acción fueron completamente batidos los ingleses, muertos sus oficiales, y tomados sus almacenes y provisiones: entre los papeles del general, se encontraron las instrucciones que le había comunicado el gabinete de Londres: la fecha de ellas probaba que en medio de la más perfecta paz, el gobierno inglés hacía cuantos preparativos le eran posibles para traspasar los límites de la Acadia é invadir la mayor parte de los establecimientos franceses en América. El plan general era enviar fuertes escuadras inglesas, que cerrasen á los buques de la marina francesa la entrada del río de San Lorenzo, mientras que cuatro ejércitos acometían por la espalda de las colonias. El encargo especial del

general Braddock en aquel plan era él de tomar el fuerte Duquesne, y subir el Ohío, para reunirse por el lago Erie, con Mr. Shirleq, que le esperaba en Choagen con cinco mil hombres, barcos y cañones. Efectuada su reunión, debían obrar de concierto y tomar á Niágara y Frontenac. Durante aquel tiempo el coronel Jhonson se apoderaría del fuerte Federico, del lago Champlain, del río de Richelieu, y se pondría en estado de tomar en la primavera la ciudad de Montreal, mientras otro ejército inglés penetraba hasta Quebec por el río San Juan. Felizmente aquel inmenso plan quedaba destruido al caer en nuestras manos. La escuadra de Mr. Dubois de la Motte á que se había quitado el *Alcides* y el *Lirio*, contaba todavía con siete navios, y había puesto en tierra á Mr. de Dieskau con tropas de desembarco. Nos encontrábamos pues en estado de defensa, y los salvajes, que aborrecían á los ingleses, nos prometían ser unos auxiliares poderosos.

Mas por una fatalidad, apenas había llegado Dieskau fué herido y hecho prisionero, después de haber batido un cuerpo de 4500 ingleses cerca del lago Jorge, y después de perseguirlos hasta los atrinchamientos del general Jackson.

Pero contenidos y vigilados los ingleses, se vieron precisados á renunciar al vasto plan que hemos referido, y á mantenerse á la defensiva. Las tropas francesas aguardaban además un nuevo jefe. Éste lo era Luis José de Saint-Veran, marqués de Montcalm, uno de los generales más valientes. En sus venas no había degenerado la sangre de los Gozón. Todavía eran suyos los grandes bosques de la Dragouniere, en donde su abuelo adiestraba sus perros en el ataque de las serpientes. Su carrera será corta, pero radiante, gloriosa

y rápida como la de la bomba que debía abrirle su sepulcro.

Durante aquel tiempo iba á darse á los ingleses en Europa el golpe de mano que intentaban en América. Los ingleses tenían en el Mediterráneo un apostadero que apreciaban tanto como á Gibraltar, y que quizá preferían á éste. Felipe V en tiempo de sus desgracias dejó escapársele de las manos aquella perla. Los ingleses la recogieron y añadieron aquella joya á su corona. Aquel apostadero era la isla de Menorca.

Tomando á Menorca cortábamos las comunicaciones de los ingleses con el rey de Cerdeña su aliado, y perturbábamos su navegación en el Levante y en Italia. El puerto de Mahón, uno de los más hermosos de Europa, daba seguro asilo á sus escuadras esparcidas por el Mediterráneo, ese gran lago, cuya entrada guardaban, pero de que somos los verdaderos dueños.

En caso de guerra desgraciada, la entrega de Mahón haría desaparecer muchas dificultades para el restablecimiento de la paz: en caso contrario, Mahón, convertido en propiedad nuestra, nos facilitaría tratar con la España, que nos daría en cambio cuanto quisiésemos en el golfo de Méjico.

Verdad es que el fuerte de San Felipe pasa por inexpugnable, pero se enviaría á Richelieu, el general de los ataques bruscos, y de los golpes de mano atrevidos. ¿La columna de Fontenoy no era indestructible? Pues Richelieu la hizo pedazos.

Á Richelieu se le confió el mando en jefe de las fuerzas de mar y tierra: se le dieron 50.000 luises, la escuadra la Hyeres á las órdenes de Mr. de la Galissoniere, doce navios de línea y diez y ocho buques de transporte. Aquella magnífica escuadra se hizo á la

vela. ¿Adónde iba?... Ya se sabrá, cuando haya tomado el fuerte de San Felipe.

La mar es la aliada de los ingleses. Al día siguiente de haberse hecho á la vela la escuadra, se levantó una tempestad que trastornó el orden de la marcha: durante tres días anduvieron errantes los navios, pero el 19 de abril volvieron á reunirse á vista de Menorca.

El 23 de abril, el mariscal practicó un reconocimiento del sitio en que se encontraba, y al mismo tiempo dirigió una mirada al fuerte Felipe. Hállase éste sobre un peñasco con fosos de treinta pies de profundidad cortados á pico en el granito. Es imposible abrir allí la trinchera, y la roca es impenetrable aun á la artillería. Aquella ciudadela debía tomarse por asalto, y la dificultad estaba en encontrar escalas bastante altas.

Mientras tanto, Richelieu hizo su cumplido á las señoras de la isla, las envió frutas y dulces, y se informó de si entre las producciones de la Francia había alguna cosa que pudiera agradarlas.

Como temía que sus soldados bebiesen inmoderadamente del excelente vino de España que abundaba en la ciudad:

— Muchachos, les dijo el mariscal, el que se achispe no tendrá el honor de presentarse en la trinchera.

Descubrióse á lo lejos una escuadra; era la del almirante Byng que iba á socorrer á Menorca: el mariscal cedió un millar de hombres á la Galissoniere para reforzar sus soldados de marina. Iba á darse el asalto y un combate naval al mismo tiempo. Los habitantes de Menorca iban á presenciar un doble espectáculo.

El almirante inglés fué completamente batido, y el mismo día se apoderó Richelieu de las obras avanza-

das. En fin, en la noche del 27 al 28 de junio, se tomaron tres de los cinco fuertes, y el 28 al medio día tres diputados presentaron un proyecto de capitulación, que discutido en el resto del día, fué firmado en la misma noche. El 29, todos los fuertes se habían rendido, y Mr. de Fronsac, hijo del duque de Richelieu, fué á llevar la noticia á Compiègne.

Mr. de Richelieu ya no tenía que hacer nada en Menorca, pero necesitaba el permiso del rey para abandonar su conquista. Desgraciadamente tenía en la corte menos amigos que enemigos, y Mad. de Pompadour era del número de los últimos.

Mad. de Pompadour había tenido la feliz idea de casar á su hija Alejandrina con el duque de Fronsac: habló sobre el particular dos palabras con Mr. de Richelieu, quien contestó que se creería muy honrado con aquel enlace, pero que como Mr. de Fronsac tenía el honor de pertenecer por su madre á la casa imperial de Lorena, no podía comprometerse sin consentimiento de la emperatriz.

Mad. de Pompadour comprendió la respuesta y se contuvo: pero con aquella respuesta y el poco efecto que había producido en el duque á primera vista, concibió un profundo rencor contra el vencedor de Mahón. Entretanto se intrigaba con el rey para desacreditar á Mr. de Richelieu.

Por último, el duque se vió obligado á fingir una enfermedad para obtener una despedida, que, merced á las certificaciones de sus médicos y á la amenaza que hacia de dejarlo todo, no se atrevieron á rehusarle.

La entrada del mariscal en París fué un verdadero triunfo, pero Luis XV le recibió con frialdad.

— ¿Con que ya estáis de vuelta, señor duque?...

le dijo. Y bien, ¿qué os han parecido los bigos de Menorca? . . . tengo entendido que son muy buenos.

— Excelentes, señor, contestó Richelieu, pero se necesitan unas escalas muy largas para alcanzarlos. Y volvió la espalda al rey, saliendo inmediatamente de su real cámara.

Cuando marchó á su expedición Mr. de Richelieu, todavía dudaban si se inclinarian para una alianza continental á Federico ó á María Teresa, y á su regreso ya estaban casi decididos por el Austria.

Aunque su hijo tenía el honor, como él decía, de pertenecer á la casa imperial de Lorena, Mr. de Richelieu no era partidario de la alianza austriaca. Todas las tradiciones de los grandes hombres del último siglo consignaban que era necesario abatir el poder imperial, y Enrique IV, Richelieu y Luis XIV, habrían obrado en aquel sentido.

En el mismo momento en que el cuchillo de Ravai-lac dejó sin efecto la expedición de Juliers, Enrique IV acababa de concertar con Sully un inmenso proyecto de que aquella expedición no era más que el prólogo. Aquel plan variaba la faz de la Europa, que bajo el nombre de república cristiana, llegaba á ser una confederación universal. Señores jacobinos de 1793 y señores montañeses de 1848, dignense Vds. escuchar el proyecto de Enrique IV. Y luego nos dirán si entre sus magníficas teorías han encontrado alguna cosa más liberal, como se decía en tiempo de Carlos X, más radical como se decía en el reinado de Luis Felipe, ni más democrática, como se dice en el día.

Trataba, pues, de apoderarse del Austria que le había causado tanto daño, y que hace un siglo aspiraba al imperio universal, como lo da á entender su

divisa a e i o u. Austria est imperanda orbi universo.

Poseedor ya de Viena, predicaria una cruzada y arrojaría á los turcos de Europa, y después fundaría una confederación cristiana, compuesta de quince estados:

Seis monarquías hereditarias.

Cinco monarquías electivas.

Cuatro repúblicas.

Las seis monarquías hereditarias eran la Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Francia, España y la Lombardia.

Esta última, erigida en reino en favor del duque de Saboya, se compondría de la Saboya, el Montferrato, el Milanesado y el Mantuano.

Las cinco monarquías electivas eran:

Roma aumentada con Nápoles y la Calabria.

El imperio Germánico.

La Bohemia, á la cual agregaba la Lusacia, la Silecia y la Moravia.

La Polonia, aumentada con las conquistas que debían hacerse á los rusos.

La Hungría, aumentada con una parte del Austria, del Tirol, de la Corintia, y de las conquistas que se hiciesen á los turcos.

Las cuatro repúblicas eran:

La italiana, compuesta de todo el norte de la Italia, entre el reino de Lombardia, el papa y Venecia.

La república de Venecia, aumentada con la Sicilia.

La república Helvética, aumentada con el Franco-Condado.

Y por último, la república Belga.

Todos estos estados debían tener un consejo supremo, encargado de mantener la paz universal, evitar las disensiones, dar su fallo en las cuestiones, arreglar las diferencias, defender las fronteras, dirigir

los ataques contra el que fuese declarado enemigo común, y por último de velar por la conservación del bienestar y la prosperidad de aquella armonía general.

¿Ravaillac sabía acaso el profundo amor á la humanidad que encerraba aquel corazón que atravesó en la esquina de la calle de la Ferroniere el 14 de mayo de 1610?.....

Pues bien, aquel sueño del abatimiento del Austria, concebido por Enrique IV, y que había llegado á ser proyecto, y aun tal vez realidad en manos de Richelieu y de Luis XIV, iba á ser abandonado por Luis XV, merced á la fatal influencia de Mad. de Pompadour.

En efecto, la casa de Austria, oscura y casi desconocida hacia tres siglos y medio, no había podido elevarse á la monarquía de Carlos V, más que combatiendo perpetuamente contra todo principio de libertad. En aquella lucha había perdido la Suiza, la Holanda, la España y Nápoles, pero todavía le quedaban los húngaros, los bohemios, brabanzones, toscanos y los austriacos. Su dominación se extendía aún desde la Turquía á Philipsbourg, y desde el Océano al Mediterráneo.

Estaba muy distante de ser lo que hacia doscientos años, pero era todavía mucho más de lo que debía. En 1738 hubo un momento en que aquel imperio había quedado reducido únicamente á la Hungría, y la Alemania pudo respirar.

María Teresa vió el abismo, midió su profundidad, y cuando volvió á recobrar su poderío, comprendió que no podría conservarle sino con el auxilio de la Francia.

Pero, ¿qué probabilidades tenía de vencer aquella

repugnancia instintiva, y de hacer que se mirase como injusta y perjudicial la política de unos hombres como Enrique IV, Richelieu y Luis XIV?.....

¿No tenía además en contra suya al rey, al delfín, los ministros y la nación entera? ¿Quién sería su aliada en semejante lucha? Mad. de Pompadour.

¿Mad. de Pompadour, la hija de Mr. Poissón, aquel empleado medio ahorcado, aquella modista que tuvo á mucha suerte el casarse en primeras nupcias con un cobrador de contribuciones, había de ser la aliada de María Teresa, hija y heredera de los Césares?.....

¿Qué cosa más admirable es la política, y cómo iguala su egoísmo las condiciones!.....

Aun cuando Mad. de Pompadour se hubiese elevado hasta colocarse al lado de Luis XV, ¿cuántos grados tenía que bajar todavía María Teresa para llegar á ella?

Sin embargo, María Teresa escribía á aquella mujer y la llamaba *su prima*.....

La alianza de la Francia con el Austria era tan extraña, tan inaudita y tan poco probable, que cuando Mr. de Kaunitz, ministro austriaco en Aix-la-Chapelle, habló de ella por primera vez á Mr. de Saint-Severin, á quien Mad. de Pompadour había enviado á aquella ciudad, en 1747, para concluir la paz á cualquier precio, se negó á ocuparse de aquel proyecto.

Mas á la primera proposición que María Teresa hizo á *su prima*, acerca del proyecto de alianza, Mad. de Pompadour, menos fuerte en política que Enrique IV, Richelieu y Luis XIV, quedó seducida al verse apellidar *prima* por María Teresa, cuando Federico no la llamaba más que *Cotillón II*, epíteto que no la favorecía mucho en verdad.

Ahora bien, ¿qué se necesitaba para llegar á la alianza de la Francia y del Austria?

Una cosa insignificante para la favorita: despedir á los ministros que tenían contra el Austria las preocupaciones de Luis XIV, Richelieu y Enrique IV, y colocar en el ministerio de Negocios extranjeros hombres nulos ó adictos suyos.

Entre los Paulmy, Rouillé, Moras ó Berryer, Mr. de Maurepas era el más temible: tenía ideas fijas, y según ellas, el Austria era enemiga de la Francia. Su conversación era amena, el rey le quería, y como le veía á todas horas del día, ejercía grande influencia sobre el monarca: además el delfin también le apreciaba mucho, y el delfin era indudablemente enemigo del Austria.

Mr. de Maurepas cometió la imprudencia de hacer un epigrama, y fué desterrado. Ya hemos dicho que Mr. d'Argensón fué desterrado: á Mr. de Machaut se le invitó á que hiciese dimisión.

Dejando á un lado la oposición que d'Argensón podía hacer á la política de la favorita, ¿de dónde provenía el odio de ésta?.....

Vamos á decirlo.

Un día entró en casa del ministro un amigo de Mad. de Pompadour, echó una ojeada á una carta que escribía, y vió que trataba de una caricatura que aparecía en aquel momento. Representaba á d'Argensón en una carroza, á Machaut en el pescante haciendo de cochero, y al rey detrás como lacayo.

La carta comenzaba con estas palabras:

« Mi lacayo acaba por fin de despedir á mi cochero. »

En efecto, aquella mañana el rey había escrito á

Mr. de Machaut la carta que hemos copiado, mandándole entregar su cartera.

El amigo de Mr. d'Argensón fué á contárselo á Mad. de Pompadour, que se lo refirió al rey, el cual indignado, escribió á Mr. d'Argensón la carta que ya hemos visto, y cuya dureza puede hasta cierto punto hacer disculpable aquella anécdota.

Ya hemos dicho que Mr. de Paulmy y Moras reemplazaron á d'Argensón y Machaut, y que el abate de Bernis había sido llamado al consejo de Estado.

Era éste un hombre muy amable y honrado. Poseía el talento francés en toda su lozania, y hacía muy buenos versos. Así era, que Boyer, el catedrático del delfin, le aborrecía. Alejado por aquel rencor de las gracias eclesiásticas, Bernis se resolvía á elevar altar contra altar, y á adherirse á la favorita.

Un día que cenaba con el rey y con ella, al destapar ésta una botella de vino de Champaña, vertió la mitad sobre la mesa, é improvisó una canción en la cual decía:

« El placer coronado de flores revolotea sobre la mesa, y solo aguarda un momento favorable para encantar nuestros corazones. Hermosa Cefisa, ¿en dónde tú no te encuentras podría seducirnos? Para fundar su imperio, necesita tus atractivos.

» Ven á esparcir debajo de este empujado el talento y la agudeza. Ellos te esperan en un tonel que ha agujereado la locura. El Champaña se halla próximo á marcharse, y humea en su prisión impaciente por cubrirle con su hirviente espuma.

» ¿Sabes porqué este transparente vino, en cuanto le agita tu mano, vuela y se precipita cual deslumbrador relámpago? En vano Baco retiene al rebelde

amor en un frasco, el amor sale siempre de su encierro por la mano de una hermosa. »

Un hombre que hacia tan bonitos versos, debía ser un gran político : así fué que en 1757, reemplazó á Mr. de Rouillé en el ministerio de Negocios extran-jeros.

La alianza con María Teresa se iba preparando suavemente entre las sombras del misterio. Los tres cómplices eran Mr. de Nuremberg, ministro de la reina de Hungría, el abate de Bernis y Mad. de Pompadour.

He aquí lo que proponía María Teresa,

La emperatriz daría los Países Bajos al duque de Parma, y de este modo, por medio de un principe de la casa de Borbón, separaría á los ingleses de la Holanda : Luxemburgo, el Gibraltar del Austria, sería arrasado. La Francia recibiría á Mons, la Polonia sería declarada libre, y la corona hereditaria : la Suecia adquiriría la Pomerania, y la Dinamarca sería invitada á la unión. La Rusia sería parte contratante, y como la Francia estaba en guerra con la Inglaterra, aunque no habia todavía declaración formal, aquella liga de las grandes potencias del continente abatía el poder marítimo de la Inglaterra : á cuya alianza declaraba el Austria que renunciaba para siempre.

Este plan, en concepto de María Teresa, era vasto y atrevido, Luis XV que no tenía unas miras tan elevadas ni avanzadas, le rechazó. María Teresa le suplicó que presentase el suyo. Luis XV recurrió á Mr. de Bernis, el cual propuso su proyecto en dos líneas :

Garantía respectiva de los estados de las dos casas comprendiendo á la Prusia y exceptuando á la Inglaterra.

Entonces fué cuando se supo que á principios de 1750 se habia celebrado un tratado entre la Inglaterra y la Prusia.

La Prusia fué excluida del plan, que de este modo se simplificó mucho, y quedó reducido á esta sola línea :

Garantías respectivas de los estados de las dos casas.

El tratado entre la Francia y el Austria se firmó el 9 de mayo de 1756.

FIN DEL TOMO PRIMERO

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO
40.